

Sobre *La imaginación incendiada* (reseña)

Laura María Martínez Martínez (Univ. Complutense de Madrid)
lauramam@ucm.es

[Jesús Cano Reyes. *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la Guerra Civil Española*. Madrid: Calambur, 2017. 443 pp.]

La reciente publicación de *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la Guerra Civil Española* de Jesús Cano Reyes constituye el último tomo de la colección *Hispanoamérica y la guerra civil española*. Aun partiendo del mismo tronco –el proyecto colosal sobre el impacto de la guerra civil española en la intelectualidad hispanoamericana dirigido por Niall Binns–, este libro representa una rama diferente que se distancia de los patrones formales de los seis libros anteriores. Su estructura no está compuesta por una introducción histórica y una acumulación de documentos comprometidos, sino que el orden de las prioridades se revierte y donde antes primaban los textos, ahora reina el análisis, y las divisiones nacionales son sustituidas por la división genérica. A través de una introducción, siete capítulos y un colofón escrito por el previamente mencionado director del proyecto, el autor ahonda en las características y el contexto de más de cuarenta corresponsales hispanoamericanos para trazar una radiografía completa de la crónica hispanoamericana en tiempos de guerra.

La imaginación incendiada nace por la necesidad de quitarle a la crónica hispanoamericana el halo de abandono que la envolvía hasta el momento. Representa una respuesta combativa al doble olvido en el que recaía la crónica hispanoamericana, es decir, a la desatención consecuen- te de su naturaleza genérica difuminada entre periodismo y literatura y a la marginalidad académica que, como explica Jesús Cano, a veces pa- decen los escritores hispanoamericanos en los estudios sobre la guerra civil: “aparentemente considerados extranjeros para los estudios de litera- tura española y españoles para los estudios de literatura extranjera” (20). El primer capítulo, “Crónicas de la otra orilla”, sirve de instrucciones de viaje a un lector que antes de conocer la vastedad de datos referentes a los cronistas hispanoamericanos y adentrarse en el marasmo caótico de la guerra, tiene que familiarizarse con los mecanismos de la prensa de ambos bandos, la pasión que despertaba la contienda, la variedad dispar de cronistas, sus características comunes y una clasificación preliminar (testigos de los preámbulos, residentes en España, enviados especiales, combatientes, congresistas y falsos corresponsales).

Sin embargo, el autor no se mantiene en los cimientos que establece en el primer capítulo, ya que el libro funciona como una caja rusa de clasificaciones que esconde un marasmo asombroso de corresponsales e historias. Aunque el autor siempre advierte de las afiliaciones políticas de los cronistas y admite que “cada crónica es un caballo de Troya con las ideas de la propaganda emboscadas en su vientre” (264), va mucho más allá de la división maniquea entre el bando nacional y el bando republicano. De esta manera, incluye a los cronistas a los que sorprendió la guerra en “Todo estaba ardiendo”, a los corresponsales que no buscaban ser combatientes pero acabaron cogiendo el fusil y viceversa en “La pistola del capitán” y a aquellos que relataron la guerra desde la frontera francesa en “Allende el Biadosa” o las convulsas ramblas catalanas en “Barricadas en las Ramblas” y, finalmente, a los que se aproximaron al corazón de la guerra y al corazón de España, a todos aquellos que pasaron por Madrid, en “Asedios al corazón”. No obstante, Jesús Cano tampoco se limita a esta clasificación capitular y, empeñado en que sus páginas tejan en la cabeza del lector nuevas líneas diferenciadoras entre la masa de cronistas, agrupa, por ejemplo, a los corresponsales que vivieron el primer acto de la tragedia madrileña (Luis Enrique Délano, Rafael Suárez Solís y Manuel Millares Vázquez), a los que escribieron desde dentro de las tropas de Franco (Wing, José P. Sadi y Carlos Vela Monsalve), a los que consiguieron una entrevista con el Generalísimo (Maximiano Errázuriz y José Sánchez Arcilla) o a los que lo hicieron con Carmen Polo (Letizia Repetto).

La admirable tarea investigadora de Jesús Cano Reyes florece en un libro en el que ondea la inclusión como bandera. Las críticas lapidarias proferidas por Ángel Rama y Juan Carlos Onetti hacia la obra literaria de Horacio Maldonado no impiden una aproximación a sus crónicas y el hecho de que Vicente Huidobro desatendiese su trabajo de corresponsal y tan solo escribiera una crónica no provoca su exclusión. Las veces en las que Fernando Ortiz Echaguë retrocedió sobre sus propios pasos sin atreverse a cruzar la frontera francesa no desalienta al autor de añadirlo en un cómputo de intelectuales tan variado que también acoge a un Alejandro Valle que tendía más a la acción que a las palabras y cuyas crónicas eran corregidas –y prácticamente reescritas– al otro lado del Atlántico por Arturo Alfonso Roselló; al exfutbolista uruguayo, Wing o a las crónicas llorosas de Bobby Deglané, en las que rezuma tanta patetismo que uno, según el autor, “no puede evitar preguntarse si el velo de las lágrimas le permite ver la guerra” (227). Leer *La imaginación incendiada* es asistir a un desfile de cronistas en el que la fama va ascendiendo hasta que marchan los corresponsales por Madrid y se cierra con el colofón de Niall Binns: unas palabras imperdibles sobre la importancia del II Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura, la particularidad de la delegación hispanoamericana y la resonancia de los episodios de Minglanilla.

La imaginación incendiada no es solo un libro académico que se yerque como una obra de consulta obligatoria o el volumen inaugural de la vertiente monográfica de la colección *Hispanoamérica y la guerra civil española*, sino que es un libro que destaca por garantizar un viaje entretenido entre la neblina de la guerra. La pasión y la dedicación que urden este

Sobre La imaginación incendiada (reseña)
Laura María Martínez

libro se pueden palpar en sus títulos (“Viaje al centro de la guerra de Pablo de la Torriente Brau”), en la cuidadosa elección de citas literarias (“Madrid is the heart” de W. H. Auden) o en la intercalación de anécdotas personales amenas, como el relato del disparo del costarricense Vicente Sáenz o la imagen de un Luis Enrique Délano que había soportado en las aulas la joven arrogancia de Camilo José Cela. *La imaginación incendiada*, además de saciar la curiosidad cronística de los lectores y encender espacios hasta ahora abandonados por la historia literaria, ilumina las vidas personales de los cronistas hasta que el lector atraviese el Atlántico, escuche las bombas y sienta la guerra. En definitiva, *La imaginación incendiada* no es una bengala lanzada desde el campo oscuro de la crónica, sino una llamarada que descoloca al lector hasta integrarlo en el incendio de la guerra.